

The background of the cover is a dark, atmospheric scene. At the bottom, a silhouette of a soldier in a trench coat and hat is seen from behind, looking towards the right. The sky is filled with dark, swirling clouds. Overlaid on the lower half of the cover is a semi-transparent keyboard layout with letters in circular icons. The text 'MAX HASTINGS' is written in a large, golden, serif font at the top. Below it, 'LA GUERRA SECRETA' is written in a large, white, serif font. At the bottom, 'ESPIAS, CÓDIGOS Y GUERRILLAS' and '1939-1945' are written in a bold, white, sans-serif font. The overall mood is mysterious and historical.

MAX
HASTINGS

LA
GUERRA
SECRETA

ESPIAS, CÓDIGOS Y GUERRILLAS
1939-1945

CRÍTICA

MAX HASTINGS

LA GUERRA SECRETA

Espías, códigos y guerrillas, 1939-1945

Traducción castellana de
Cecilia Belza y David León

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: marzo de 2016

La guerra secreta
Max Hastings

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The secret war*

© 2015 Max Hastings

© de la traducción, Cecilia Belza y David León, 2016

Guardas: HarperCollinsPublishers Ltd 2016

© Editorial Planeta S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-934-8
Depósito legal: B. 2778 - 2016
2016. Impreso y encuadernado en España por Cayfosa

Índice

Introducción	9
1. Antes del Diluvio	25
2. Estalla la tormenta	73
3. Los milagros tardan un poco más: Bletchley	105
4. Perros ladrones	147
5. Viento divino	185
6. A trancas y barrancas: Los rusos en guerra	231
7. La máquina de guerra secreta de Gran Bretaña	255
8. «Marte»: El engaño sangriento	289
9. El último concierto de la Orquesta	309
10. Guerrilla	325
11. Los Hombres del Gobierno de Hoover, los Hombres Salvajes de Donovan	359
12. Los partisanos de Rusia: Sembrando el terror en ambos lados del frente	399
13. Tormenta en las islas	415
14. Los amigos colaboran	437

15. Las fábricas del saber	483
16. «Atolondrado»: El paciente inglés	535
17. El eclipse del Abwehr	553
18. Campos de batalla	599
19. Viudas negras para pocos caballeros blancos	625
20. Enórmoz	651
21. Descifrar la victoria	667
<i>Agradecimientos</i>	695
<i>Notas y fuentes</i>	697
<i>Bibliografía</i>	723
<i>Índice de ilustraciones</i>	733
<i>Índice alfabético</i>	739

1

Antes del Diluvio

EN POS DE LA VERDAD

La guerra secreta comenzó mucho antes que la de las balas. Un día del mes de marzo de 1937, apareció en el escritorio del coronel František Moravec una carta dirigida a él, el «jefe del Servicio de Inteligencia Checoslovaco». Empezaba así: «Le ofrezco mis servicios. En primer lugar, debo aclarar cuáles son mis haberes: 1. La concentración del ejército alemán. (a) la infantería ...» y tal proseguía a lo largo de tres páginas mecanografiadas a un solo espacio. Los checos, conscientes de ser una de las posibles presas de Hitler, desarrollaban sus campañas de espionaje con una intensidad ausente todavía en el resto de las democracias europeas. Al principio, contemplaron la propuesta con escepticismo, dando por hecho que se trataba de otra treta más de los nazis, que les habían tendido ya por millares. Al cabo, sin embargo, Moravec decidió correr el riesgo de dar respuesta. Tras un prolongado intercambio de misivas, el autor de la carta original —al que Praga denominó agente A-54— se avino a concertar una cita en la localidad de Kraslice, en los Sudetes. Poco faltó para que un disparo lo echase todo a perder: uno de los asistentes de Moravec se hallaba en un estado de nervios tal que disparó el revólver en su bolsillo y la bala atravesó la pernera del pantalón del coronel. Por fortuna, todo volvió a la calma antes de que llegase el visitante alemán, a quien trasladaron apresuradamente a un piso franco situado en las inmediaciones. Este traía consigo pliegos de documentos secretos en un maletín con el que había cruzado despreocupadamente los puestos fronterizos. Entre el material figuraba una copia de los planes defensivos de Checoslovaquia, de resultas de lo cual Moravec supo que entre

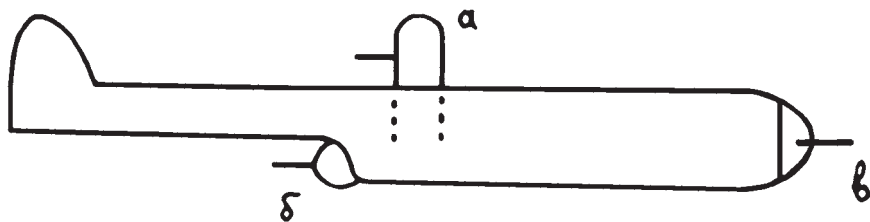
los suyos había un traidor a quien, posteriormente, se ajustició en la horca. El agente A-54 partió de Kraslice sin revelar su nombre, pero con 100.000 marcos del Reich más en su haber. Prometió establecer contacto de nuevo y así fue, pues en los tres años siguientes suministró información de gran valor. Hubo de pasar mucho tiempo hasta que este joven fue identificado como Paul Thummel, un agente del servicio de inteligencia del Abwehr, de treinta y cuatro años.

Para Moravec, este tipo de episodios no resultaban excepcionales. Era un hombre de talla media, apasionado y tremendamente dinámico. Le entusiasmaban los juegos de mesa, sobre todo de ajedrez, dominaba seis lenguas y podía leer algo de griego y latín. En 1914, con dieciocho años, ingresó en la Universidad de Praga con la intención de convertirse en filósofo. Fue reclutado por el ejército austro-húngaro pero, como la mayoría de checos, no deseaba entregar su vida por los Habsburgo y, estando ya en el frente, aprovechó la primera ocasión que se le presentó para desertar al bando de los rusos. Combatiendo por estos colores cayó herido en Bulgaria y acabó la guerra en el frente italiano, en un cuerpo de voluntarios checos. Cuando su nación consiguió erigirse en estado independiente, Moravec renunció gratamente al complejo juego de lealtades y fue nombrado oficial del nuevo ejército de su país. Ingresó en el cuerpo de inteligencia en 1934 y tres años más tarde asumía la dirección del servicio. Moravec aprendió el oficio fundamentalmente a través de las historias de espías que sacaba de los quioscos y no tardó en descubrir que buena parte de los agentes en el mundo real traficaban con ilusiones: los supuestos informantes de su predecesor se demostraron un producto de la imaginación de aquel hombre, una tapadera para sus desfalcos.

El coronel invirtió una parte nada desdeñable de sus recursos en la contratación de cazatalentos que consiguieran informantes en Alemania, articulados en un sistema de redes dotadas siempre de una escrupulosa protección. Fundó una empresa de préstamo rápido en el Reich y buscó clientes entre los militares y los funcionarios públicos. Al cabo de un año, noventa representantes de su banco deambulaban por Alemania, casi todos empleados legítimos, aunque había también personal de inteligencia que cribaba a los prestatarios con acceso a información susceptibles de ser chantajeados o sobornados. Los checos también iban a la cabeza en cuestiones de tecnología: fotografía de micropuntos, rayos ultravioletas, escrituras secretas y equipos de radio de último modelo. Moravec contaba con una jugosa financiación a modo de reconocimiento por su comportamiento en la

línea del frente nacional que, entre otras cosas, le permitió pagar un anticipo a un comandante de la Luftwaffe llamado Salm de 5.000 marcos del Reich —el equivalente a unas 500 libras esterlinas— y más adelante la cuantiosa suma de un millón de coronas checas —7.500 libras esterlinas— a cambio del orden de batalla de la fuerza aérea de Göring. Salm, sin embargo, hizo alarde de la fortuna recién adquirida y al poco fue arrestado, juzgado y decapitado. Paralelamente, los espías de otras naciones desplegados en Checoslovaquia no permanecían de brazos cruzados: los funcionarios de los cuerpos de seguridad de Praga arrestaron a 2.900 sospechosos en 1936, casi todos por actuaciones supuestamente en nombre de Alemania o Hungría.

Todas las naciones importantes investigaban en los secretos de las otras por igual: de forma pública y de forma encubierta. A la vuelta de su visita en Gran Bretaña, en abril de 1934, el mariscal ruso Tujachevski trasladó personalmente a Stalin la descripción que un agente del GRU le diera del nuevo bombardero de la RAF Handley Page Hampden, con todos los pormenores relativos a las variantes en los motores Bristol y Rolls-Royce así como un boceto del armamento:



De algún modo, en 1935, el Abwehr se hizo con la lista de un equipo de fútbol de una de las plantas químicas de la ICI que, en aquella temporada, había jugado en casi todas las fábricas de la empresa; así fue como Berlín estableció el emplazamiento de varios laboratorios químicos cuya existencia había pasado desapercibida hasta la fecha para la Luftwaffe.¹ El aviador australiano Sidney Cotton llevó a cabo algunas de las primeras fotografías aéreas sobre Alemania a instancias del teniente coronel del MI6 Fred Winterbotham. Las hosterías de verano en Europa se habían llenado de jóvenes parejas en viaje turístico —algunas a sueldo de sus respectivos servicios de inteligencia— que manifestaban un interés muy poco romántico por los aeródromos. El MI6 mandó a un oficial de la RAF, al que bautizó como Agente 479, con una secretaria para completar la tapadera que lo acompañaría en su

recorrido de tres semanas por Alemania. La empresa, sin embargo, se vio entorpecida porque los perímetros de las bases de la Luftwaffe pocas veces colindaban con las carreteras principales y porque la pareja no hablaban alemán. En origen, el aviador había planeado viajar con su hermana, que sí hablaba alemán de corrido, pero el esposo de esta no le concedió su permiso.

En cuanto a los nazis, en agosto de 1935, el doctor Hermann Görtz pasó varias semanas en ruta con su motocicleta Zündapp por Suffolk y Kent, localizando la ubicación exacta de las bases de la RAF junto a una hermosa joven llamada Marianne Emig, que lo acompañaba en el sidecar. Pero Emig se cansó de la misión, o perdió los nervios, y Görtz, el abogado de cuarenta y cinco años originario de Lubeca que había aprendido inglés con su institutriz, hubo de llevarla de vuelta a Alemania. Regresó más tarde para recoger su cámara y las posesiones que la pareja había dejado atrás, en el apartamento de Broadstairs, donde se encontraban también los planos de la Manston de la RAF. Por desgracia para aquel jefe de espías en ciernes, gracias al chivatazo del casero, preocupado por el espionaje, la policía ya se había apoderado de los artículos incriminatorios. Görtz fue arrestado en Harwich y sentenciado a cuatro años de cárcel. En febrero de 1939 salió libre y fue deportado; volveremos a encontrarnos con Hermann Görtz más adelante.

Para destapar los secretos de sus vecinos en el extranjero, todas las naciones involucraron a parte de sus hostigadores en el manto de la diplomacia y los destinaron a sus embajadas. Entre los agregados militares berlineses se encontraba el coronel británico Noel Mason-MacFarlane. «Mason-Mac» era astuto pero también jactancioso. Un día de 1938, asustó a un inglés a quien había invitado a su casa al apuntar desde su ventana hacia el lugar desde donde Hitler contemplaría al día siguiente el desfile de aniversario de la Wehrmacht. «Un disparo fácil con el rifle», afirmó lacónico el coronel. «Podría eliminar a ese bastardo desde aquí en un abrir y cerrar de ojos y, aún diría más, estoy pensando en hacerlo ... Con ese lúatico fuera del camino quizá podríamos poner un poco de orden en todo esto.» Por supuesto, Mason-MacFarlane no hizo nada similar. En sus momentos más comedidos, forjó una estrecha amistad con algunos oficiales alemanes y transmitió a Londres no pocas advertencias con respecto a las intenciones de los nazis. Pero la imagen ilustra adecuadamente la presencia de la fantasía en las vidas de los agentes de inteligencia, siempre vacilantes sobre la cuerda floja que se tensaba entre las nobles intenciones y una comedia baja.

Algunos críticos arrogantes acusaron al Gobierno de Estados Unidos de no disponer de una rama de inteligencia. En sentido estricto, así fue: no

hubo despliegue de agentes secretos en el extranjero. En territorio nacional, la Oficina Federal de Investigación (FBI) de J. Edgar Hoover era la responsable de la seguridad interna de la nación. Aunque cosechó abundantes triunfos contra los gánsteres —que pregonó a bombo y platillo— y sometió a una intensiva vigilancia al Partido Comunista estadounidense, amén de a los sindicalistas, poco llegó a saber del ejército de espías soviéticos que pululaban por su territorio y nada hizo para convencer a las empresas de alta tecnología de que no divulgasen a voz en grito sus descubrimientos. El agregado militar alemán, el general Friedrich von Bötticher, comentó con desfachatez sobre sus años de servicio en Washington: «Era demasiado fácil, los estadounidenses son tan abiertos que lo publican todo. No se necesita un servicio de inteligencia. ¡No hay más que ser aplicado y leer los periódicos!». En 1936, Bötticher pudo mandar a Berlín informes detallados sobre los experimentos con cohetes que se realizaban allí. Un traidor estadounidense vendió a los alemanes los planos de uno de los avances tecnológicos más apreciados de su país: la mira Norden para bombarderos. El general insistió en que el Abwehr no debía molestarse en desplegar a agentes secretos en Estados Unidos; había que procurar que sus anfitriones continuasen teniendo fe en la buena voluntad de los nazis.

Las agencias de inteligencia sobrevaloran la información obtenida por los espías. Uno de los muchos académicos reclutados por el servicio secreto británico durante la guerra señalaba con cierto desdén: «[El MI6] valora la información atendiendo a su secretismo, no a su precisión. Estiman más valiosa ... una información de tercera categoría, ambigua y tendenciosa, que se haya escamoteado desde Sofía en la solapa de la botonadura de un chulo y holgazán rumano que cualquier inteligencia deducida a partir de la atenta y juiciosa lectura de la prensa extranjera».² Los corresponsales y diplomáticos estadounidenses en el extranjero suministraban a Washington una visión del mundo no menos plausible que la generada por los espías europeos. El comandante Truman Smith, agregado militar estadounidense en Berlín desde hacía mucho tiempo y tímido admirador de Hitler, se hizo una idea más precisa del orden de batalla de la Wehrmacht que el MI6.

Los agregados navales norteamericanos estaban centrados en Japón, su enemigo más probable, aunque por lo general se limitaban a fotografiar los buques de guerra desde cruceros de pasajeros y a cotillear en el club de agregados de Tokio. En 1929, Henry Stimson, por entonces secretario de Estado, había cerrado la operación de desciframiento de códigos «Cámara Negra» de su departamento, alegando como tantos otros compatriotas que una

nación que no se enfrentaba a ninguna amenaza externa podía pasar sin aquellos instrumentos tan infames. Pese a todo, tanto la Marina como el ejército, cada uno por su cuenta y en feroz competencia, mantuvieron pequeños equipos de desciframiento que ponían un extraordinario empeño en desarrollar sus cometidos. El triunfo de William Friedman, nacido en Rusia en 1891 y perito agrónomo de formación —cuyo equipo del Servicio de Inteligencia de Señales del ejército, dirigido por el exprofesor de matemáticas Frank Rowlett, replicó la avanzada máquina de cifrados diplomáticos japonesa, Púrpura, y rompió su complejo código en septiembre de 1940— fue aún más digno de alabanza dados los exiguos recursos de que dispusieron los criptoanalistas estadounidenses. Pocas veces intentaban estos decodificar los mensajes alemanes, pues carecían de los medios para hacerlo.

Los japoneses pusieron gran empeño en sus tareas de espionaje tanto en China como en Estados Unidos o en los imperios europeos del Sureste Asiático, a los que consideraban un posible botín. Sus agentes se entregaban a la tarea en cuerpo y alma: en 1935, cuando la policía de Singapur arrestó a un expatriado japonés local al que creía espía, tal fue la angustia del hombre por intentar evitar la vergüenza de Tokio que, a la usanza de E. Phillips Oppenheim, se tragó el ácido prúsico en su celda. Los nacionalistas chinos, encabezados por Chiang Kai-shek, sostuvieron un eficiente servicio de contrainteligencia para proteger su dictadura de las críticas nacionales, pero en Asia, los espías japoneses podían reunir información casi sin trabas. Los británicos demostraban mayor interés en contraatacar la agitación comunista interna que en combatir a los posibles enemigos extranjeros. A sus ojos, resultaba imposible tomar en serio a «los bachichas del Este» —así denominaba Churchill a los japoneses— o a «los esclavitos amarillos», según el director del Foreign Office.

Los diplomáticos de Gran Bretaña mostraban un tremendo descuido en la protección de sus secretos, en buena medida porque observaban a raja tabla las convenciones de la caballería victoriana. Robert Cecil era uno de ellos, y en una ocasión escribió: «Una embajada era la casa de campo de un embajador; resultaba inconcebible que uno de los invitados pudiera espiar al resto». Ya en 1933, el Foreign Office recibió una advertencia, aunque fue desoída: cuando uno de sus miembros acabó con la cabeza dentro de un horno de gas, se descubrió que había estado vendiendo cifrados británicos a Moscú. Luego se supo que uno de los empleados, el capitán John King, se había pagado a su querida estadounidense pasando secretos. En 1937, Francesco Constantini, asalariado local de la embajada británica en Roma,

consiguió hacerse con los papeles de su señor para entregárselos al servicio secreto italiano, porque el embajador daba por supuesto que una persona podía confiar en sus empleados. En aquella época, además, los hombres de Mussolini descifraron algunos códigos británicos: no todos los italianos eran los payasos que sus enemigos creían. En 1939, cuando la inteligencia japonesa quiso hacerse con los libros de códigos del consulado británico en Taipei, sus funcionarios lo arreglaron todo sin excesivas dificultades para que un japonés fuera contratado como guardia nocturno. A lo largo del semestre siguiente, los agentes de Tokio tuvieron acceso permanente a la caja fuerte del consulado, a sus archivos y a sus libros de códigos.

Pero en ninguna parte del mundo se manejó y se valoró la inteligencia con sabiduría. Aunque los secretos tecnológicos siempre resultaban útiles para las naciones rivales, es poco probable que buena parte de las febriles vigilancias políticas y militares secretas revelasen a los Gobiernos más de lo que estos podrían haber extraído de una cuidadosa y atenta lectura de la prensa. Las rivalidades endémicas perjudicaban la colaboración entre las distintas agencias de inteligencia, cuando no la impedían. En Alemania y Rusia, Hitler y Stalin dividieron el poder entre sus policías secretos, con la intención de seguir concentrando el control en sus manos. En Alemania, la principal agencia era el Abwehr, que significa literalmente «seguridad», aunque sus atribuciones consistían en recopilar inteligencia en el extranjero y desarrollar las labores de espionaje en territorio nacional. Era una rama de las fuerzas armadas y estaba dirigida por el almirante Wilhelm Canaris. Cuando Guy Liddell, director del servicio de contraespionaje del MI5 y uno de sus agentes más preparados, intentó más adelante explicarse la incompetencia del Abwehr, manifestó estar sinceramente convencido de que Canaris era un agente a sueldo de los rusos.

Los nazis también contaban con un aparato de seguridad propio: el *Reichssicherheitshauptamt* o RSHA, dirigido por Ernst Kaltenbrunner e integrado en el imperio de Himmler. Estaba formado por la policía secreta de la Gestapo y su rama hermana del sector de la contrainteligencia, el denominado *Sicherheitdienst* o SD, cuyas actividades se solapaban en muchas áreas con las del Abwehr. Una de sus figuras claves fue Walter Schellenberg, el asistente de Reinhard Heydrich, quien acabaría haciéndose cargo del servicio de recopilación de inteligencia en el extranjero del RSHA, el aparato que absorbió al Abwehr en 1944. El alto mando y las actividades de descifrado de códigos diplomáticos estuvieron liderados por el *Chiffrierabteilung*, comúnmente conocido como OKW/Chi, y el ejército contó con

una nutrida rama de inteligencia de radio que al final pasó a ser el OKH/GdNA. El Ministerio del Aire de Göring disponía de una operación criptográfica propia, equivalente a la de la Kriegsmarine. La inteligencia económica quedó en manos del WiRuAmt, y el Ministerio de Exteriores de Ribbentrop reunía los informes enviados desde las embajadas en el extranjero. Guy Liddell escribió enojado: «Con nuestro sistema de Gobierno, nada podía evitar que los alemanes consiguieran cualquier información que precisasen».³ Pero los complejos aparatos de inteligencia y contrainteligencia nazis se demostraron mucho más eficaces en la aniquilación de resistencia nacional que en el aprovechamiento de las fuentes extranjeras, incluso en los casos en que les llegaba algún dato útil.

Los departamentos de inteligencia franceses se hallaban en una posición inferior y, en consecuencia, disponían de escaso presupuesto. El pesimismo, sumado a la ignorancia, provocó que aquellos sobrestimasen sistemáticamente el potencial militar alemán en, al menos, un 20%. František Moravec consideraba que los políticos habían bloqueado las políticas de seguridad francesas justo en vísperas de la guerra: «Parece que sus ansias de “saber” decrecen conforme aumenta el peligro nazi». El checo Moravec descubrió que sus homólogos franceses eran colegas desganados, aunque regresó de una conferencia inter-aliada con un regalo de un famoso criminólogo francés, el profesor Locarde de Lyon: un químico de revelado que se demostró muy útil para sacar a la luz escrituras secretas.

Desde el principio de los tiempos, los Gobiernos han podido interceptar las comunicaciones de otros gabinetes solo cuando los espías o las casualidades de la guerra desviaban físicamente el mensaje hasta sus manos. Ahora, sin embargo, todo había cambiado. La comunicación por radio era una ciencia que se remontaba poco más allá del siglo xx, pero en el lapso de treinta años se había transformado en un fenómeno universal. A continuación, a lo largo de la década de 1930, los grandes avances tecnológicos propiciaron una explosión mundial de las transmisiones. El aire zumbaba, silbaba y chisporroteaba cuando los mensajes, privados, comerciales, militares, navales o diplomáticos atravesaban países y océanos. Se hizo indispensable para los Gobiernos, para sus generales y sus almirantes transmitir la información y las órdenes operativas por radio a sus respectivos subordinados, buques y formaciones fuera del alcance de una línea telefónica fija. Para que aquellos intercambios se produjeran de forma segura, era imprescindible actuar con sensatez. La velocidad de transmisión-recepción de una señal debía ponderarse en razón de la complejidad del encriptado. Las unidades milita-

res en primera línea del frente no podían disponer de máquinas de cifrado y, por tanto, empleaban los denominados cifrados de campo o de mano, de diversos grados de dificultad; el ejército alemán usó un sistema derivado del británico llamado doble Playfair.

Para los mensajes de alto secreto, el único código prácticamente inviolable era el que se basaba en el sistema del «cuaderno de un solo uso», una denominación que se explica en su mismo nombre: el emisor empleaba una combinación exclusiva de letras y/o números inteligible solo para un receptor que dispusiera de una fórmula de encriptado idéntica. Los soviéticos recurrieron mucho a este método, aunque sus emisores lo comprometieron en ocasiones al utilizar varias veces el mismo cuaderno, tal como descubrieron los alemanes en su beneficio. A partir de la década de 1920, algunas de las principales naciones empezaron a usar cifrados considerados impenetrables si se manejaban adecuadamente, porque el mensaje se generaba por medio de máquinas dotadas de un teclado electrónico que codificaba la información a partir de millones y millones de combinaciones posibles. La magnitud del reto tecnológico que representaban estas señales encriptadas a través de una máquina enemiga no logró desanimar a ninguna nación en sus empeños por leerlas. Este desafío se erigió en el primer objetivo de la inteligencia durante la segunda guerra mundial.

La estrella por antonomasia del Deuxième Bureau, el servicio de inteligencia francés, fue el capitán Gustave Bertrand, jefe de la rama criptoanalítica en la Section des Examens del ejército que se retiró del servicio para ocupar un puesto que ningún oficial de carrera con ambiciones habría deseado. Uno de sus contactos era el empresario parisino Rodolphe Lemoine, nacido Rudolf Stallman, hijo de un rico joyero berlinés. En 1918, Stallman adoptó la nacionalidad francesa; su pasión por el espionaje *per se* lo llevó hasta el Deuxième. En octubre de 1931, aquel remitió a París la oferta de un tal Hans-Thilo Schmidt, hermano de un general alemán, que se ofrecía para vender información sobre Enigma y superar así el bache económico en el que se encontraba. Bertrand aceptó y, a cambio de dinero en metálico, Schmidt despachó abundante material sobre la máquina, junto con sus claves de cifrado de los meses de octubre y noviembre de 1932. Luego, continuó a sueldo de los franceses hasta 1938. Puesto que estos sabían que los polacos también pretendían descifrar Enigma, ambas naciones llegaron a un acuerdo de colaboración: los criptoanalistas polacos se concentraron en la tecnología, mientras que los franceses se dedicaron a los textos encriptados. Bertrand tanteó también a los británicos, aunque al principio estos no demostraron interés.

En 1927, los descryptadores británicos ya habían adquirido uno de los primeros modelos comerciales de Enigma y lo examinaban con reverencia. Tenían noticia de que, desde entonces, el sistema había ganado en complejidad gracias a la inclusión de un enrevesado sistema de cableado al que denominaban *Steckerbrett*, o clavijero. Ofrecía un número de posiciones para cada letra que ascendía a los 159 millones de millones de millones. Lo que el ingenio humano había diseñado había de ser, al menos en el plano teórico, accesible también para el ingenio humano. En 1939, sin embargo, nadie imaginaba aún, ni por un instante, que seis años más tarde la inteligencia hurtada en las ondas resultaría más valiosa para los vencedores, y más ruinosa para los perdedores, que cualquier informe realizado por todos los espías de las naciones beligerantes.

LOS BRITÁNICOS: CABALLEROS Y JUGADORES

El MI6 contó con una reputación sin parangón entre el resto de servicios secretos. Aunque Hitler, Stalin, Mussolini y los generales japoneses compartían el escepticismo, si no el desdén, con que observaban la capacidad del viejo león para combatir, miraban a sus espías con una reverencia desmedida e incluso continuaban convencidos de su omnisciencia. Las hazañas británicas en el ámbito de la clandestinidad se remontaban al siglo XVI, cuando menos. Francis Bacon escribió en su *Historia del reinado de Enrique VIII*: «En cuanto a sus espías secretos, que él empleaba tanto en la nación como en el extranjero y mediante quienes descubría qué prácticas y qué conspiraciones se movían contra su persona, en su caso resultaban sin duda ineludibles». Sir Francis Walsingham fue el legendario jefe del espionaje de la reina Isabel I. Mucho más tarde llegaron novelas como *Kim*, de Rudyard Kipling, o personajes como Richard Hannay, de John Buchan, y los apuestos «héroes de vida nocturna» que jugaban partidas de ajedrez en nombre de Inglaterra, con un millar de piezas vivas sobre el tablero de los continentes. Un empleado del servicio secreto británico durante la guerra observó: «Casi cualquier agente con el que he coincidido en este negocio, ya sea en mi propio país o en el extranjero, veía en sí mismo algo de Hannay, igual que me sucedía a mí».⁴ El insigne médico danés Niels Bohr contó al agente de la inteligencia científica R.V. Jones que se sentía feliz por estar cooperando con el servicio secreto británico porque «lo dirigía un caballero».

La inteligencia británica había salido con bien de la Gran Guerra. Los descifradores de códigos de la Armada británica, hombres como Dillwyn Knox y Alastair Denniston, que trabajaban para la «Sala 40» del Almirantazgo, proporcionaron a los comandantes abundante información relativa a los movimientos de las flotas alemanas en alta mar. La decodificación y la difusión pública del *Telegrama Zimmermann* de Berlín, en 1917, en que se aguijoneaba a los mexicanos para que estos llevaran a cabo una acción agresiva contra Estados Unidos, resultó crucial para propiciar la entrada de los estadounidenses en la guerra. A lo largo de los dos años posteriores al armisticio de noviembre de 1918, el servicio secreto se implicó profundamente en el frustrado intento de los Aliados para alterar el resultado de la Revolución Rusa. Aun después de haber abandonado esta empresa, la amenaza del comunismo internacional no dejó de representar uno de los principales desvelos de los servicios de espionaje y contraespionaje británicos.

Durante la crisis de entreguerras se recortaron los fondos de estos servicios. El MI6 sufrió un estancamiento difícil de comprender, tanto para los partidarios de Gran Bretaña como para sus enemigos. Hugh Trevor-Roper, el historiador que acabaría desempeñando labores de espionaje durante la guerra, escribió: «Los servicios de inteligencia extranjeros envidiaban al servicio secreto británico; era su modelo ideal ... Gozaba de una reputación como fuerza invisible, implacable, similar al mundo espiritual platónico, capaz de operar en todo lugar. Para el Gobierno nazi, representaba a la par el cocón y el ideal ... La realidad ... era notablemente distinta».⁵ Los altos cargos del MI6 eran hombres de aptitudes modestas que ingresaron en la organización atraídos por la ilusión de reproducir el «gran juego» de Kipling y que, por lo general, habían hecho carrera en los cuerpos de la policía colonial.

Aparentaban ser funcionarios del control de pasaportes en las embajadas en el extranjero o manejaban el papeleo en las austeras oficinas centrales del servicio —irremediabilmente sórdidas— emplazadas en los sótanos de St. James Park, en los edificios Broadway, un lugar de raída moqueta y bombillas desnudas. El MI6 no había perdido la extraña costumbre de pagar el sueldo de sus empleados en metálico y libre de impuestos, pero este resultaba tan exiguo que los agentes con miras a llevar una vida de clase media-alta —esto es, todos ellos— debían procurarse, sin remedio, otras fuentes de ingresos. Aunque el presupuesto de la agencia fue aumentando escalonadamente, desde las 180.000 libras esterlinas en 1935 hasta las 500.000 en 1939, se contrataba a pocos titulados universitarios, porque no

resultaban del agrado de los jefes. El MI6, según contaba un especialista, estaba diseñado tan solo para recibir inteligencia, no para procurársela. Lo dirigía un círculo de agentes antiintelectuales convencidos de que su misión esencial, si no la única, consistía en combatir al comunismo revolucionario. Trasladar el acento a la monitorización de los nazis y los fascistas durante el prolongado período de preguerra conllevó arduas dificultades.

Algunos reclutas de aquella época demostraron no contar con la preparación adecuada para enfrentarse a las vilezas y falsedades connaturales al espionaje. El capitán de corbeta Joseph Newill, marino retirado a quien se destinó a Escandinavia en 1938 porque dominaba el noruego, se lamentaba a Londres: «¡Dudo tener la malicia y astucia naturales tan necesarias para este trabajo!». Newill se quejaba de que sus atribuciones le exigían un esfuerzo mucho más duro de lo que había sospechado. Comunicó disgustado al jefe de su base: «Tengo 52 años y no pienso matarme a trabajar durante toda mi vida». Pero continuó en el puesto y se las ingenió para cumplir con los relajados estándares de Broadway. El jefe de la base del MI6 en Shangái, Harry Steptoe, operaba encubiertamente desde la posición de vicecónsul. Era un personaje desenfadado, algo jactancioso y gustaba de lucir bigote y monóculo. Cuando en una recepción se dejó ver con un traje de mezclilla verde y galones dorados, causó tal perplejidad en uno de los diplomáticos allí presentes que este preguntó si era aquel el uniforme de gala del servicio secreto británico. En su confinamiento en 1942, los japoneses descartaron la posibilidad de que un personaje tan cómico pudiera hallarse al frente de un servicio de espionaje, y en su lugar interrogaron brutalmente a un infortunado representante del British Council, cuyos conocimientos se limitaban al ámbito de la cultura.

Broadway llevó a cabo denodados esfuerzos por reunir información reservada en el continente. En 1936, se fundó la Sección Z, un nuevo departamento del MI6 para la monitorización de Alemania e Italia, dirigido por Claude Dansey, antes soldado imperial y cargado de prejuicios reaccionarios, entre ellos la aversión hacia los estadounidenses. Esta sección, camuflada como empresa comercial, se convirtió en un feudo casi independiente, con sus oficinas en la Bush House, en la calle Strand de Londres. La mayor parte de sus fuentes eran ancianos rescatados, como el barón lituano William de Ropp que, durante más de una década, sacó a los británicos mil libras esterlinas anuales —una suma nada despreciable— a cambio de chismorreos sobre política alemana. Los nazis eran perfectamente conscientes de la función de De Ropp y por ello lo cebaban con lo que Londres quería oír.

En agosto de 1938, el barón consideró que su vida clandestina comportaba demasiados riesgos y escogió un prudente retiro en Suiza.

La historia del ingeniero naval Karl Kruger tuvo un desenlace más lúgubre. En el período entre 1914 y 1939, consiguió para los británicos información ventajosa que les vendía al por mayor, pero desapareció del mapa un mes antes de estallar la guerra. Al final, Broadway anotó en su ficha: «agente supuestamente “muerto”», lo cual no es motivo de sorpresa, puesto que Kruger —como la mayoría de informadores alemanes del MI6— estaba destinado en la base de La Haya donde trabajaba también Folkert van Koutrik, a sueldo del Abwehr. Antes de la guerra, la mejor fuente de inteligencia humana con que contó el servicio fue Wolfgang Gans Edler zu Putlitz, un aristócrata homosexual que ejercía como agregado de prensa en la embajada alemana en Londres. Fue reclutado por Klop Ustinov —el padre del famoso actor—, un periodista nacido en Rusia que perdió su puesto en el periódico en 1935 a consecuencia de su ascendencia judía. Cuando Putlitz fue transferido a La Haya en 1938, Ustinov fue tras él a instancias del MI6 y más adelante, al destapar Folkert van Koutrik la operación británica en Holanda, Putlitz se apresuró a buscar asilo en Londres.

El flujo de inteligencia que llegaba desde el continente era poco abundante. El Ministerio del Aire se lamentaba por la escasez de material relativo al funcionamiento de la aviación en la guerra civil española, una cuestión muy importante para los planificadores.⁶ En Berlín, por otro lado, sir Nevile Henderson, el embajador británico, sentía tanto desprecio hacia el espionaje como tantos entre los de su oficio, de resultados de lo cual había negado a los «funcionarios de control de pasaportes» de Broadway la condición de diplomáticos. El MI6 también quiso dotar a sus informantes alemanes con equipos de radio, pero la mayoría mostraba cierta reticencia a quedarse con ellos, puesto que si la Gestapo los descubría, el poseedor tenía la pena de muerte asegurada.

De forma muy esporádica, entre la montaña de basura que se acumulaba en los archivos de Broadway, aparecía una perla. En la primavera de 1939, un agente cuyo nombre en clave era «el Barón», con ventajosos contactos en la sociedad prusiana, indicó a su contacto Harry Carr, en Helsinki, que los alemanes estaban llevando a cabo negociaciones secretas con Stalin. En el mes de junio, completó esta información con otra misiva en la que sostenía que las conversaciones entre Berlín y Moscú prosperaban. Sin embargo, en Broadway desoyeron este sensacional indicio del inminente pacto nazi-soviético, que más tarde se supo extraído de los cotilleos entre

los aristócratas del Ministerio de Exteriores alemán. A ojos de los altos cargos del MI6, el siniestro pacto entre Stalin y Hitler resultaba una fabulación absurda. Se perdió un gran beneficio: en primer lugar, porque el MI6 —como la mayoría de organizaciones de inteligencia— trataba a sus propias fuentes con cierto escepticismo inicial, muestra de prudencia en la mayoría de casos; en segundo lugar, porque lo que «el Barón» refería resultaba totalmente contrario a las suposiciones de sus superiores. En aquella época, y de hecho a lo largo de toda la contienda, el MI6 no dispuso de un aparato interno para analizar la información obtenida, si bien es igualmente cierto —como advertían sus dirigentes— que las potencias del Eje también carecían de él.

Checoslovaquia y Polonia ocuparon la línea de salida en la confrontación europea contra Hitler. El MI6 no demostró gran interés en colaborar con los servicios de inteligencia de estas naciones hasta marzo de 1939, cuando en el panorama estratégico se impuso un cambio radical: los Gobiernos británico y francés ofrecieron garantías de seguridad a Polonia. Broadway se reanimaba.

El 25 de julio, una delegación británica compuesta por un agente de la inteligencia naval, Alastair Denniston —el director de la Escuela de Código y Cifra—, y Dillwyn Knox, uno de sus descifradores más célebres, se reunió con el francés Gustave Bertrand, que no era criptógrafo pero sí un eficiente coordinador y diplomático, en un encuentro preliminar con sus homólogos polacos presidido por el coronel Gwido Langer en el centro de criptografía de los bosques de Kabackie, cerca de Pyry, al sur de Varsovia.⁷ Las conversaciones del primer día, a medias en francés y en alemán, resultaron estériles. Knox, por razones que aún desconocemos, estaba de un humor pésimo y se mostró terriblemente incrédulo con respecto a la posibilidad de que los polacos tuvieran alguna información digna de ser escuchada. Parecía incapaz de comprender los métodos por medio de los cuales ellos aducían haber llegado al desciframiento que luego les permitió leer parte del tráfico naval alemán. Todos los grupos presentes respondían de forma ambigua con la intención de averiguar qué sabían los otros. Varsovia había decidido involucrar a los británicos a raíz de las dificultades surgidas después de que, a primeros de enero, los alemanes integrasen un clavijero ampliado en sus Enigma, con diez entradas en lugar de siete, lo cual les había impedido continuar rompiendo el código. Durante el segundo día, el 26 de julio, el ambiente de la sala se había serenado. Los anfitriones condujeron a sus invitados al sótano donde les mostraron su «*bomby*», un rudimentario

artefacto de computación diseñado para resolver múltiples posibilidades matemáticas. Acto seguido tuvo lugar el golpe de efecto: hicieron entrega a las dos delegaciones visitantes de réplicas que emulaban la Enigma, fabricadas por sus propios hombres. El recelo de Knox se desvaneció y la reunión terminó en un clima de buen entendimiento y respeto mutuo. Todo el mundo en Broadway reconoció la importancia del gesto polaco hacia sus aliados como una contribución en la lucha secreta contra los nazis. Hoy se habla de Marian Rejewski, estudiante de matemáticas en la Universidad de Varsovia y miembro del equipo de los bosques de Kabackie desde 1932, como una figura pionera entre quienes conquistaron los secretos de Enigma, pero otros fueron los responsables de hacer prosperar aquel triunfo y explotarlo, ahora en Gran Bretaña.

Stewart Menzies, por entonces segundo a bordo en el MI6, quedó tan impresionado ante el fruto del viaje a Polonia que se personó en la estación Victoria para recibir a Gustave Bertrand y examinar de cerca la réplica de Enigma. Knox obsequió a los polacos con unas bufandas estampadas con una reproducción de los corredores del Derby además de una carta de agradecimiento dirigida a los anfitriones, por su «paciencia y cooperación». Aproximadamente en la misma época, los polacos suministraron a los británicos cinco de los ocho rotores alternativos de Enigma. Faltaba aún mucho para desentrañar los misterios del funcionamiento de la máquina, en todas sus facetas, y haber acumulado la pericia necesaria que permitiría leer el tráfico de señales. Es cierto que el ingenio humano logró descifrar algunos mensajes alemanes en el invierno de 1939-1940, pero el torrente de encriptados no llegaría hasta 1941, tras la creación de una tecnología electromecánica revolucionaria. Pese a todo, la ayuda de franceses y polacos aceleró de forma radical los progresos de la Escuela de Código y Cifra, que había abandonado su sede en Londres para trasladarse a una casa de campo más segura. Poseer la herramienta de encriptación del enemigo permitió a los critptoanalistas vislumbrar la magnitud del reto al que se enfrentaban.

Hasta 1939, y en gran medida durante los dos años siguientes, la imagen que la inteligencia británica se hacía del mundo continuaba dependiendo de la inteligencia *humint*, es decir: de lo que transmitían los agentes en el extranjero. ¿Cumplió el MI6 con su responsabilidad de mantener informado al Gobierno de la amenaza que se gestaba en «Twelveland», la Alemania nazi en la jerga de Broadway? El servicio secreto preparó incontables dossieres en los que sostenía que las ambiciones de Hitler a largo plazo se centraban en el Este, lo cual era, en esencia, correcto. Sin embargo, para des-

gracia de su credibilidad, en 1940 Alemania optó por deshacerse primero de las democracias occidentales. El MI6 no abrigaba la menor duda de que Hitler estaba llevando a cabo un apresurado rearme, pero insistía constantemente en que la base industrial desde la que aspiraba a emprender la guerra carecía de solidez. La responsabilidad de reunir datos económicos correspondía al Centro de Inteligencia Industrial (IIC), una rama cuya administración atañía desde 1934 al Foreign Office pero estaba dirigida por el comandante Desmond Morton, un oficial retirado del servicio secreto. En los «años de sequía», Morton transmitió a Winston Churchill —con el beneplácito del primer ministro Stanley Baldwin— detalles sobre rearme alemán que autorizaba al desoído profeta a vocear admoniciones al resto del mundo. En un gesto irónico, el comandante exageró hasta lo grotesco el crecimiento del aparato militar de Hitler: Morton jamás llegó a dominar bien la economía en general, menos aún la nazi.

Pese a todo, los historiadores modernos que juzgan los errores de la inteligencia británica en los años previos a la guerra desatienden algunas cuestiones muy relevantes. En aquellos días, pocos en el mundo eran capaces de comprender un análisis económico. El IIC acertaba al determinar que Alemania no disponía de suficiente preparación para resistir una contienda prolongada y que se hallaba en una situación vulnerable en tanto que dependía de mercancías importadas, el petróleo sobre todo. La economía alemana, tal como ha demostrado Adam Tooze, no era lo suficientemente vigorosa para dar respuesta al enorme reto que Hitler pretendía asumir: conquistar las sociedades más evolucionadas de la tierra. El PNB de Alemania no era superior al de Gran Bretaña y los ingresos per cápita de la población se situaban incluso por debajo. En 1939, el gasto armamentístico nazi había dejado el sistema financiero del país en unas condiciones lamentables. No obstante, elaborar un cálculo del potencial de la industria alemana, con el incentivo de una guerra en ciernes, habría superado las capacidades de cualquier servicio de inteligencia: incluso en las postrimerías de la segunda guerra mundial, los cerebros más privilegiados de las naciones aliadas fallaron en esta empresa. No cabía esperar que el MI6 adivinase las conquistas de Hitler, que aumentaron drásticamente su acceso al petróleo, a las materias primas y a la mano de obra esclava.

En el terreno de lo militar, ni el MI6 ni los departamentos del servicio lograron conocer en profundidad las nuevas tecnologías y tácticas desarrolladas por los enemigos de su nación, como tampoco sus límites: sobrevaloraron en extremo la capacidad devastadora de la Luftwaffe en las ciudades

británicas. En 1938, Broadway advirtió que los alemanes disponían de 927 bombarderos de primera línea capaces de realizar 720 salidas diarias y lanzar 945 toneladas de artillería, y el pronóstico de las posibles bajas se inflaba todavía más. (En este caso, la exageración rozaba el 50%.) Las estimaciones de la War Office con respecto al ejército alemán fallaban en igual medida, sobre todo el cálculo del potencial de fuerzas movilizables. En 1939 se sugirió que Hitler controlaba ya el mayor aparato militar sostenible con sus recursos. El rearme, sumado al enorme gasto público, «había puesto a prueba la resistencia del pueblo alemán y la estabilidad del sistema económico hasta un extremo en que todo esfuerzo adicional implicaría el riesgo del desmoronamiento de la estructura completa».

En febrero de 1939, la Evaluación Estratégica esbozada por el Comité de Planificación Conjunta y presentada por los jefes del Estado Mayor indicaba que Gran Bretaña se hallaba en mejores condiciones que Alemania para sobrevivir a una contienda prolongada. Estaban en lo cierto, pero no advirtieron del peligro de que, en una situación inversa, si la guerra era corta, la nación sería derrotada. Lo que es más, jamás presionaron al Gabinete para que este tomase conciencia del atroz debilitamiento que padecía el Imperio Británico en el Extremo Oriente. Las tres ramas del servicio de inteligencia no mantenían contacto entre sí y, por tanto, no existía un equipo conjunto.

En lo tocante a la política, en noviembre de 1938, un agente del MI6 redactó un informe para el Foreign Office: «Ni siquiera los más próximos a Hitler, según afirma uno de ellos, sabe si aquel se arriesgará a iniciar una guerra mundial». Pocos meses más tarde, la credibilidad del servicio sufrió un grave revés cuando empezó a emitir avisos de que Alemania pretendía lanzar un ataque inminente contra la Europa occidental que se iniciaría en Holanda. El bochorno fue aún mayor por el hecho de que el Foreign Office había hecho partícipe de esta alarma al Gobierno de Estados Unidos. Uno de los receptores británicos, el señalado funcionario estatal sir George Mounsey, reprendió al MI6 de un modo tal que sus ecos resonaron por todo el Gobierno británico. El prestigio del Foreign Office se había visto empañado, sostenía aquel, porque había basado su proceder en «una información sensacionalista en extremo y muy inquietante, que [el MI6] no puede acreditar». Mounsey concedía poca importancia a las fuentes encubiertas, a los agentes cuyas murmuraciones habían propiciado la advertencia de Broadway: «Tienen una misión secreta y deben justificarla ... Si no les llega nada de lo que informar, han de ganarse el sueldo encontrando

algo ... ¿Acaso vamos a depender hasta tal extremo de unos informes secretos que nos atan las manos en todos los sentidos?». Mounsey seguía con su propia hoja de ruta: continuar con la política de apaciguamiento asumida por Neville Chamberlain y lord Halifax, hacia quienes profesaba una asombrosa admiración. No obstante, su juicio era el reflejo del escepticismo generalizado que se había instalado en los círculos más elevados con respecto al proceder de Broadway.

Gladwyn Jebb, del Foreign Office, por lo general crítico con el MI6, salió en esta ocasión en su defensa. Sin dejar de reconocer lo frustrante que podía resultar el trato con las organizaciones secretas, afirmaba que tampoco debía pasarse por alto el hecho de que sus agentes ya «nos advirtieron de la crisis [de Múnich] en septiembre [de 1938] y aceptaron el ridículo optimismo imperante hasta la toma de Checoslovaquia, tan avisada en los informes de nuestros oficiales [diplomáticos]». En diciembre de 1938, Broadway presentó algunas observaciones con respecto al *Führer* alemán muy certeras, en un momento en que el común de los diplomáticos y los políticos británicos se mantenían aún en la ilusión de que aquel era un hombre con quien se podría negociar. «Entre sus rasgos característicos —defendía el informe del MI6— se cuentan el fanatismo, el misticismo, la ausencia de piedad, la malicia, la vanidad, un humor entre la euforia y la depresión, ataques de rabia y resentimiento con ínfulas de superioridad moral y lo que no puede sino denominarse una vena de locura; sin embargo, también muestra gran tenacidad en la persecución de sus objetivos, que suele combinarse con una extraordinaria clarividencia. Es famoso por su acierto para escoger siempre el momento más oportuno y el método más adecuado para “salirse con la suya”. A ojos de sus discípulos, y cada día más a los suyos propios, “el *Führer* siempre tiene la razón”. Exhibe una inagotable seguridad en sí mismo, que ha crecido en proporción a las fuerzas de la maquinaria que ha creado; pero se trata de una confianza que se ha visto menos temperada en los últimos tiempos con la paciencia y la contención.»

No resulta difícil hacer una lista de las deficiencias del MI6. Como la mayoría de sus servicios hermanos en el continente, en 1939 gozaba de poco prestigio en los círculos del poder y de poca influencia en la toma de decisiones políticas. No obstante, conviene ir un poco más allá y formular la siguiente pregunta: ¿Qué más podrían haber descubierto sus espías, de haber contado con más recursos y con un personal más inteligente? La respuesta más probable es: no mucho. Los informes del MI6 exponían, en la misma medida que el bombardeo diario de los titulares de los periódicos, el indis-

cutible rearme de Alemania. La War Office y Downing Street habrían agradecido una información detallada y precisa sobre las fuerzas armadas de Hitler, pero el interrogante cardinal, la incertidumbre básica, no radicaba en las capacidades de Alemania, sino en sus intenciones.

Resultaría desafortunado tachar de descuidada o impropcedente a la inteligencia por el calamitoso fracaso de Gran Bretaña y Francia en sus previsiones con respecto a los nazis. Ambas naciones valoraron correctamente las opciones de Hitler para arremeter contra el Este o contra Occidente. Difícilmente se puede responsabilizar al MI6 de no haber logrado anticipar con exactitud dónde o cuándo atacaría el dictador, siendo como era aquel un oportunista que se reservaba sus decisiones hasta el último momento. Sir Alexander Cadogan, subsecretario permanente en el Foreign Office, escribió mucho más tarde: «A diario nos veíamos desbordados por todo tipo de informes. Dio la casualidad de que estos eran los correctos; no disponíamos de los medios para evaluar su fiabilidad en el momento de recibirlos. (¡Ni tampoco podíamos hacer mucho!)». ⁸ Más que el fracaso de la inteligencia, resultó determinante la falta de voluntad de las democracias: la negativa a reconocer que los nazis constituían una fuerza del mal irreconciliable que demandaba exterminio, por mor de la supervivencia de la civilización europea, en lugar de debate.

El grueso de la resistencia contra Hitler en Alemania, y de hecho en toda Europa, estaba integrado por comunistas que solo en los rusos veían a un pueblo capaz y deseoso al mismo tiempo de desafiar al fascismo. Todo cuanto dijeron e hicieron los Gobiernos de Francia y Gran Bretaña antes del estallido de la guerra ratificó este parecer. De este modo, quienes deseaban contribuir a la ruina del dirigente alemán se mostraban mucho más dispuestos a ofrecer el resultado de sus averiguaciones a Moscú que a Londres o París. Fue la pobre opinión que los antifascistas tenían de sir Neville Chamberlain la que acentuó su reticencia a ver en su propio país un escudo contra Hitler, no su imagen del MI6.

Resulta más plausible sostener que los diplomáticos británicos deberían haber expuesto las intenciones del dictador que esperarlas de sus espías. En tiempos de paz, los oficiales de inteligencia competentes podían cooperar con los Gobiernos para precisar de qué capacidades económicas, militares y tecnológicas disponían sus posibles enemigos, pero resultaría insólito que un servicio secreto hubiera contribuido con dosis de información fiable relativa a las intenciones del adversario. Los diplomáticos más eminentes deberían haber sido más perspicaces que los agentes de inteligencia. Su for-

mación, su experiencia y el acceso a las fuentes debería haberles otorgado mayor capacidad para valorar el mundo que a los soldados de Broadway. Que Henderson, el embajador británico en Berlín, se permitiera pensar bien de Hitler durante tanto tiempo resulta más impropio que el hecho de que el MI6, con sus escasos recursos, no lograra anticipar al Gobierno el siguiente paso del *Führer*. No es descabellado pensar que si un antinazi alemán se hubiera presentado ante Henderson con información interna, este lo hubiera despachado de vuelta.

El almirante sir Hugh Sinclair —o «C», como se solía nombrar al jefe del servicio secreto— falleció inesperadamente en noviembre de 1939, tras dieciséis años en el cargo. Winston Churchill, a la sazón primer lord del Almirantazgo, respaldó con insistencia la solicitud del contraalmirante John Godfrey, director de la inteligencia naval, para sucederlo en el puesto. Sin embargo, el asistente de Sinclair, el oficial de brigada Stewart Menzies, de cuarenta y nueve años, convenció al Foreign Office y al primer ministro de que Sinclair lo había escogido a él como legítimo sucesor, en su lecho de muerte.⁹ Así es como recibió Menzies un legado para el cual no se lo juzgaba preparado. El noveno duque de Buccleuch, asistente de Menzies en su época en Eton, refirió a un amigo el asombro de los colegas de «C» al ver que «un hombre tan increíblemente estúpido había terminado en un puesto de aquella categoría». Hugh Trevor-Roper despreciaba a Menzies, al que veía como «un desconsiderado señor feudal, que vivía desahogadamente gracias a los ingresos obtenidos del trabajo de unos campesinos a quienes jamás había visto, mediante unas fincas que jamás había pisado».

Como tantos otros juicios personales del historiador, también este resultaba excesivo; pero, sin duda, Menzies se había formado en una mala escuela, no por lo que respecta a Eton, sino por su período de servicio en el equipo del general de brigada John Charteris, el insigne jefe de la inteligencia del mariscal de campo sir Douglas Haig, en el Frente Occidental. Las condecoraciones de la Orden del Servicio Distinguido y la Cruz Militar de Menzies demostraron que no le faltaba coraje. Sus habilidades sociales le bastaron para ganarse la confianza del general de división Hastings Ismay, apodado «Pug», que no tardó en convertirse en el jefe del Estado Mayor de Churchill y, en cierta medida, la del propio primer ministro. Pero «C» sabía muy poco del mundo exterior al que aspiraba espiar y en Broadway solo lo soportaba un puñado de subordinados aún menos inspirados que él.

En sus decisiones terciaba mucho la opinión de sus dos asistentes adjuntos, Valentine Vivian y Claude Dansey, que se profesaban un odio recí-

proco. Vivian era un exmiembro de la policía india a quien se había concedido el privilegio de representar un papel descollante en las labores para frustrar las maquinaciones del Comintern —la Internacional Comunista— en América del Sur y el Extremo Oriente; era, además, un intrigante de profesión con gran energía y pericia. Dansey, por su parte, se había trasladado a Berna en septiembre de 1939, donde pasó un breve lapso de tiempo para coordinar los contactos de inteligencia entre la Suiza neutral y Alemania. En aquella época surgieron numerosos informantes fraudulentos, entre los cuales destaca por su capacidad imaginativa, con gran diferencia, el refugiado alemán en Suiza que quiso vender un programa de movilización que él mismo había confeccionado tras hacerse con la lista de oficiales del ejército de su país. Una de las escasas fuentes útiles identificadas por Dansey fue el polaco-austriaco, el conde Horodyski. Este, a su vez, haría las presentaciones entre el británico y Halina Szymańska, la esposa del antiguo agregado militar polaco en Berlín, ahora exiliado en Suiza. Ella se convertiría en uno de los conductos más rentables del MI6 gracias a sus contactos en el Abwehr. Más tarde, Dansey regresó a Londres, donde sus actuaciones influyeron en la fortuna del MI6 durante la guerra, casi siempre en su perjuicio.

En los años siguientes, el servicio secreto británico reclutó a numerosos agentes y contactos que realizarían unas pocas contribuciones provechosas y destacables para la causa de los Aliados, pero no lograron de sus jefes más que un respeto moderado. El estímulo de la guerra desencadenó una revolución en la inteligencia y propició uno de los triunfos más deslumbrantes de Gran Bretaña. No obstante, estos hechos no tendrían lugar en los edificios de Broadway, sino en una lóbrega ciudad de las afueras de Bedfordshire.

LOS RUSOS: TEMPLOS DEL ESPIONAJE

A última hora de la mañana del 23 de mayo de 1938, Pável Sudoplátov, del NKVD, se dejó caer por el restaurante Atlanta, en Rotterdam, y saludó a un líder nacionalista ucraniano con quien había trabado una estrecha relación, fingiéndose simpatizante de su causa. Sudoplátov, recién llegado a bordo de un mercante que había partido de Murmansk, entregó al hombre una preciosa caja de bombones adornada con el emblema de Ucrania. Ambos mantuvieron una breve charla en la que acordaron otra cita y, acto seguido, el agente de Moscú se despidió de su colega y salió a la calle. Se hallaba ya a una distancia considerable cuando oyó una fuerte explosión. Un

temporizador había detonado la bomba en el interior de la caja de bombones y había acabado con la vida del nacionalista. Por aquel entonces, esta era una operación marcada con el sello del Centro en Moscú,* un ejemplo en la incansable campaña para erradicar a los enemigos del Estado, a los traidores, reales o hipotéticos. El éxito de la misión le valió a Sudoplátov una reunión de cuatro horas con el policía secreto más valioso de Stalin, Lavrenti Beria, que lo destinaría a empresas de mayor calado, como el asesinato de León Trotski.

La Unión Soviética contaba con las organizaciones de inteligencia más activas y mejor dotadas del mundo: el GRU del Ejército Rojo y el NKVD, este último controlado por Beria desde diciembre de 1938. Los objetivos más importantes de Iósif Stalin, el dirigente del Kremlin, se centraban en la difusión del socialismo en el extranjero a través del Comintern y en conservar su poder frente a los enemigos nacionales y extranjeros. Para ambos cometidos se requerían espías en abundancia. A lo largo de la década de 1930, Rusia adoptó una estrategia para ampliar su campo de acción —la implantación de agentes de penetración profunda— y sus objetivos —el triunfo del comunismo en todo el mundo— por encima de cualquier otra nación. Más adelante nos ocuparemos de evaluar en qué medida las energías y los fondos invertidos en aquella guerra secreta conllevaron algún beneficio real para la Unión Soviética. Por ahora baste decir que las redes de espionaje tendidas en Estados Unidos, Gran Bretaña, Japón y Europa superaban con mucho a las de cualquier otra nación y así se demostró en sus acciones, de mayor o menor trascendencia. Cuando la policía japonesa arrestó a un agente soviético que llevaba una cámara Leica, los agentes de inteligencia de Tokio sintieron una triste envidia: ellos no podían permitirse equipar a sus espías con una tecnología tan sofisticada, ni remotamente. Era una época aquella en la que decenas de millones de rusos perecían de inanición, pero los agentes de Stalin gastaban lo que estimaban oportuno para comprar información y para asesinar a sus enemigos. Sembraron de cadáveres los caminos desde Suiza hasta México y crearon algunas de las redes de agentes más descollantes en la historia de la inteligencia.

La adicción rusa al espionaje y la conspiración se remontaba al origen de los tiempos. En 1912, cuando según las cifras oficiales Alemania invertía 80.387 libras esterlinas en sus servicios secretos, el presupuesto francés

* Los oficiales del GRU y el NKVD se referían a sus respectivos cuarteles como «Centro».

ascendía a 40.000 y el británico a 50.000, los rusos se permitían una suma total de 380.000 libras, a las que se añadían otras 335.000 destinadas a la policía secreta del zar. Los descifradores de códigos zaristas se anotaron algunos tantos reseñables y sus sucesores no fallaron a la tradición. En la década de los años treinta, el Cuarto Departamento del NKVD, la unidad de inteligencia de señales con el presupuesto más generoso del mundo, tenía su sede en el edificio del Ministerio de Exteriores, en el puente Kuznetsky de Moscú. Su jefe, Gleb Ivanovitch Bokii, se forjó una reputación como asesino y depredador sexual que no iba a la zaga de la de Beria. Pese a que el equipo de Bokii jamás rompió los mensajes alemanes de Enigma durante la guerra, había gozado antes de éxitos notables, como proteger el protocolo secreto del Pacto Anti-Comintern de 1936 entre Alemania y Japón, un año antes de que su jefe se enfrentase a un pelotón de fusilamiento. Stalin leyó personalmente muchos de los mensajes codificados, como haría luego Churchill; confiaba en el trabajo de los decodificadores en la misma medida en que desconfiaba de la inteligencia recabada por los espías. El Kremlin exhibió una asombrosa despreocupación con respecto al número de bajas entre sus agentes, del mismo modo que hacía con sus soldados. En 1936, František Moravec, de la inteligencia checa, recibió una propuesta por parte de los soviéticos para que su servicio ofreciera formación intensiva en materia de espionaje a un centenar de rusos, a quienes luego se destinaría a Alemania. Moravec objetó que aquellos agentes en ciernes se enfrentarían a una masacre irremediable. Su contacto en Moscú masculló: «En ese caso, mandaremos a otros cien».

La Unión Soviética gozaba de una ventaja determinante para erigir su imperio de secretos. Aunque el fascismo ganaba partidarios por millones en Alemania, Italia y España, jamás logró equipararse a la llamada universal del comunismo en las décadas previas a la revelación de su verdadera y sangrienta naturaleza. En todas las naciones, hombres y mujeres sesudos y cultos, movidos por ideales nobles y una ingenuidad infinita hacían cola para traicionar los secretos de sus propias comunidades en aras de lo que ellos estimaban una causa superior. Desde Moscú partieron centenares de hombres y mujeres que coordinarían las redes de agentes en Japón, Estados Unidos, Alemania, Francia y otras naciones europeas. El NKVD consiguió infiltrarse a las mil maravillas en el Ministerio de Exteriores francés y citaba con asiduidad los despachos de sus embajadores. Muchos de sus informadores vivían en el engaño de que sus secretos no iban destinados a los soviéticos sino al Comintern, que no era sino el buzón del Kremlin.